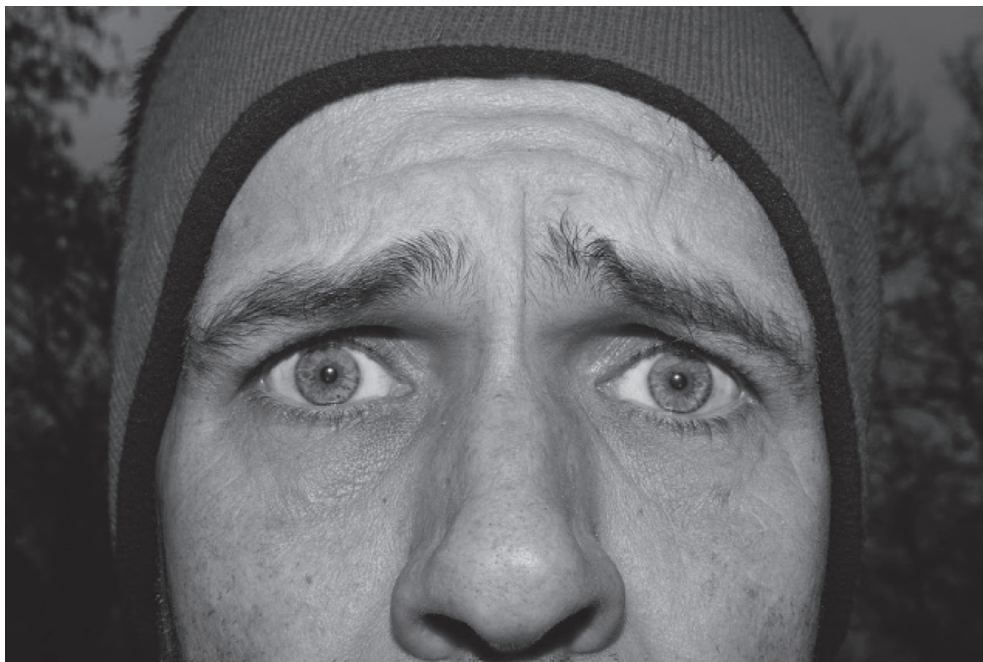


EL GOCE HIPOCONDRIACO Y LA SOCIEDAD MEDICALIZADA



Resumen

El hecho de que la muerte sea inevitable convierte al narcisista en hipocondríaco, pues hace de la presencia sana de uno mismo en el futuro un asunto sumamente incierto.

Dado que al hipocondríaco, además de su estructura psíquica, también lo hace el entorno, el exceso de medicalización, que llega al extremo de convertir lo normal en síntoma, multiplica la hipocondría.

En este contexto, el lema «más vale prevenir» se convierte en un generador de problemas. El resultado es un incremento inmenso del sufrimiento humano.

Palabras clave

Hipocondría, muerte, narcisismo, medicalización de la vida

Abstract

The fact that death is inevitable makes the narcissist a hypochondriac, because it makes the healthy presence of oneself in the future an extremely uncertain matter.

Given that the hypochondriac, in addition to its psychic structure, the environment also does so, the excess of medicalization, which reaches the point of converting the normal into a symptom, multiplies hypochondria.

In this context, the motto "it is better to prevent" becomes a problem generator. The result is an immense increase in human suffering.

Keywords

Hypochondria, death, narcissism, disease mongering.

*Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.*

S. Francisco de Asís

En general, nadie quiere morir, aunque siempre hay excepciones; un dolor insoportable, una invalidez grave, un sufrimiento psíquico inmenso, pueden hacer desear la muerte, pero es sabido que el ansia de vivir se da también en circunstancias en las que muchos sacan fuerzas de flaqueza: guerras, epidemias, hambrunas, exilio...

El deseo de permanencia puede abarcar desde el sentimiento trágico unamuniano hasta la locura transhumanista. En tono más amable, Woody Allen ya dijo que prefería su inmortalidad real, física, a la de sus obras, y es conocida su expresión de lo que considera la noticia más feliz imaginable: «es benigno».

La muerte es compañera de la vida. El gran y sencillo San Francisco de Asís le llamó hermana, como a la luna y al agua. Así son las cosas y parece que es bueno que así sea, que el flujo de la vida, que requiere la muerte en seres pluricelulares como nosotros, prosiga.

La muerte acaecerá, pero hay quien se regocija en amargarse fantaseando con la posibilidad de su inminencia o del deterioro físico que tantas veces la precede. Una cefalea, un sangrado, un lunar extraño, incluso un número o una expresión en un informe clínico pueden percibirse como algo que anuncia la catástrofe definitiva. Internet confirmará siempre la peor sospecha ante cualquier consulta temerosa: es una neoplasia, un aneurisma, lo que sea, pero siempre terrible.

En la idealización narcisista, no basta con sentirse sano ahora; es preciso garantizar el saberse sano para el futuro y quizá por ello la anticipación de lo peor es la marca hipocondríaca.

Hay siempre algún médico exagerado que llega a decir que uno es un enfermo mientras no se demuestre lo contrario. Es frecuente que se demande dicha demostración, que puede ser tan laboriosa como costosa e inútil, cuando no claramente perjudicial; mucho

dinero público y privado se destina a descartar graves dolencias, de cuya existencia el cuerpo es lento en avisar mediante síntomas y signos de alerta real. Una lentitud con la que nos ha agraciado la evolución porque muchas veces se detecta instrumentalmente lo que nunca molestaría al organismo. En aras de la prevención, de los «cribados», cada día más recomendados, casi hasta la obligación moral, se harán analíticas «completas», citologías, radiografías, ecografías, TACs de cuerpo entero, alguna resonancia que otra, electrocardiogramas, incluso biopsias sólidas y, dentro de poco, líquidas, que revelarán la existencia de cánceres antes de que se manifiesten, si alguna vez lo hacen. No son pruebas inocuas, pues los falsos positivos, además del trastorno psíquico que implican, pueden suponer cascadas añadidas de estudios con potencial iatrogenia.

Un hipocondríaco que se precie lo es de todo lo que pueda padecerse, aunque siempre haya alguno especialista por fijarse preferentemente en algún órgano concreto. Pero, en general, el hipocondríaco no desprecia nada anómalo y así se verá ictérico, cianótico o anémico, se fijará en sus excrementos, en sus lunares, en sus ganglios, en sus encías, en todo, y creará que un temblor anodino muestra el inicio de un Parkinson, que olvidar un nombre sugiere el innegable Alzheimer, que sus palpitaciones anuncian el infarto letal, que una cefalea antecede al inminente ictus y que un sangrado señala la presencia del cáncer que acabará con su vida. Del placer corporal se pasa a un extraño goce de hipervigilancia que no se da satisfecho jamás y que la edad no palía sino todo lo contrario.

La aprensión puede sobrecargar las consultas, pero también inducir a prescindir de las más elementales, porque la confirmación de lo posible, creído probable, puede provocar un miedo paralizante que evite acudir al médico cuando realmente es necesario.

Es plausible que trabajar en un medio en que lo cotidiano es lo anormal, como puede ocurrir en un hospital o en un tanatorio, facilite la deriva hipocondríaca. Sería interesante estudiar si el personal sanitario, por ejemplo, se comporta estadísticamente en

su requerimiento de atención médica como quien es ajeno al trabajo relacionado con enfermos.

¿Qué teme en realidad el hipocondríaco, en qué clase de goce se instala? Aunque cada caso sea único, tal vez se dé siempre el gran temor narcisista de la desolación absoluta, el de ver posible la gran falta, la suya, como ausencia tristísima, irreparable, para otros, sean sus padres, hermanos, cónyuge o hijos. Hay situaciones en que efectivamente la muerte de uno puede comportar implicaciones nefastas para los más próximos y no sólo por razón de duelo, pero el hipocondríaco va más allá y considera que su ausencia sería insoportable para el mundo entero, viendo perversa la expresión de que «la vida sigue». ¿Cómo puede seguir sin él?

Cuidará a los demás, a veces contagiándoles sus miedos, con tal de cuidarse a sí mismo.

... ya llevamos bastantes años en los que vivimos una tendencia a la hipocondrización generalizada, promovida en buena medida por las industrias diagnóstica y farmacéutica.

Nadie es hipocondríaco porque lo dicten sus genes, sino porque lo facilita su entorno. Claro que eso era lo que sucedía hasta ahora, porque ya llevamos bastantes años en los que vivimos una tendencia a la hipocondrización generalizada, promovida en buena medida por las industrias diagnóstica y farmacéutica. A más miedo, más negocio; es simple. Si hacemos caso a lo que se dice todos los días en todos los medios de comunicación, uno sólo se moriría por su culpa, por no «mirarse», por ser sedentario, por despreciar como banal un dolor que obliga a ir al hospital, por no hacerse «chequeos» periódicos. Y habrá quien se mate corriendo para evitar morir. Y es que ser inteligente no evita la aprensión, como tristemente nos mostró el gran Gödel, amigo de Einstein y que murió de inanición para evitar ser envenenado.

Partiendo del lamentable lema «más vale prevenir» se nos induce a entrar en una espiral de hipervigilancia. Los médicos son proclives a «divulgar» su saber, que consiste en propiciar numerosas indicaciones preventivas, varias por especialidad, promoviendo cada vez más extensos,

frecuentes y perjudiciales chequeos.

Son pocos los médicos que alzan su voz contra tanto exceso. En nuestro país han destacado varios en la defensa de sensatez frente a esa medicalización de lo normal. En general, se trata de médicos de Atención Primaria, como Sergio Minué o Juan Gérvas. Son figuras polémicas. Pero no es malo ser polémico, suscitar la crítica que incluso puede provocar el claro rechazo. Esos y otros médicos son polémicos por algo aparentemente paradójico: asumen el riesgo de la prudencia y la incertidumbre que implica. Recomendar prudencia, sostener el *primum non nocere* no sale gratis; supone, en definitiva, el riesgo de ser tachado de lo contrario que se defiende y ser llamado, precisamente por ello, imprudente.

La hipocondría generalizada es incluso visible cuando

trata de fosilizar la vida en vez de la muerte. Lo es en criogenizados sin frío gracias al exceso de la cirugía estética, y que reflejan el pánico a los cambios que la vida va imponiendo en el cuerpo.

Nuestra medicina ha caído bajo el influjo del mito cientificista de la omnisciencia y la omnipotencia y ha olvidado lo que propiamente puede hacer con el sufrimiento humano real. En vez de elemento de ayuda humilde, se convierte en promesa salvífica, pero mera promesa, a fin de cuentas. ■

Bibliografía

PETEIRO, J, *Cerca del Leteo*, Blog on-line <http://bit.ly/2iMMKyP>

Javier Peteiro Cartelle.
[@] javierpeteiro@gmail.com